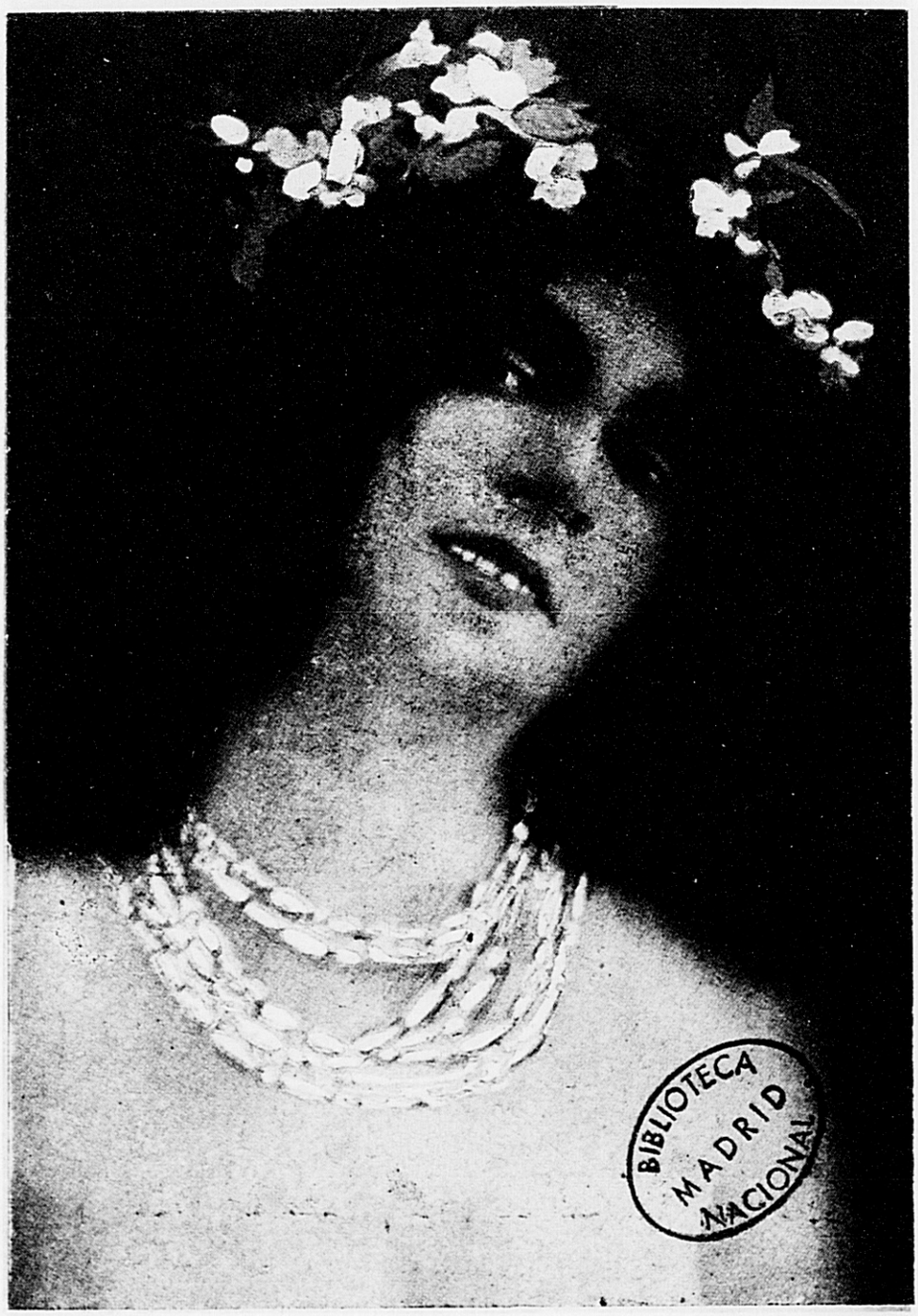
P. PICA Y PECA

CONSECUENCIAS NA

Nov

1

230813



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

COLECCIÓN INOCENTE

20 CTS.

1

230813

47/1434906

COLECCIÓN INOCENTE

CONSECUENCIAS NATURALES

NOVELA COMPRIMIDA

— POR —

P. PICA Y PECA



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

ADMINISTRACIÓN
E. HERAS, EDITOR
Cortes, 498
BARCELONA

R. 3189533

Imprenta Mercantil.—Barcelona

M-51845-55

CONSECUENCIAS NATURALES

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

Ahí queda eso

Cuando se largó de este mundo la señá Eufrasia, que había sido peinadora en uno de los barrios más libres de la capital, se acordó de su pariente Ramón y le endosó a su hija, suponiendo que con nadie estaría mejor ni más atendida que con él.

Por otra parte, no tenía el derecho de elegir, pues el señor Ramón, hermano de su difunto segundo marido (la hija había nacido durante el primer matrimonio) era el único allegado que conocía y quien la había socorrido en diferentes ocasiones, ora con dinero o ya con influencias, cuando a causa de sus continuos líos iba a caer la señá Eufrasia en manos de la policía.

Digamos, para que la presentación sea completa, que el señor Ramón había cumplido los cincuenta y la chica entraba en los trece y que aquél se dedicaba a prestar dinero en los mercados, sacando al capital el trescientos por ciento anual y que permanecía soltero, a pesar de su desmedida afición a las hijas de Eva.

¿Misterio? Ninguno. Lo que él decía sentenciosamente:

—Para tener mujer, no es necesario casarse: se echa mano de la de cualquier amigo, y si no se quiere tener compromisos, ya las hay sueltas y libres que están

deseando un hombre que las mantenga y les dé lo que necesitan. Además, en la variación está el gusto.

Y eso hacía el señor Ramón: casi todo lo que ganaba lo gastaba espléndidamente con las mujeres y cuando se cansaba de una se buscaba otra tranquilamente.

Ocurría, a veces, que eran ellas las que se cansaban, pero el resultado era el mismo, desde luego.

Cuando le endosaron al señor Ramón la chiquilla, de nombre Rosalía, el buen hombre se quedó estupefacto.

Aquello era un accidente que alteraba su método de vida. Acostumbraba a comer en una fonducha y ahora tenía que aumentar la pensión.

—¡Me he lucido!—exclamó el primer día—. La nena va a mermar mi capital atrozmente y la cosa no se resuelve tan pronto. De aquí a que se case...

Pero de repente tuvo una idea luminosa.

—A lo mejor—pensó—he hecho mi suerte, porque si la chiquilla supiese guisar, me arreglaría en casa y con poco más o menos de lo que gasto en la fonda podríamos comer los dos.

Esta observación era propia de aquel espíritu práctico y mundólogo.

Y aun dado caso de que no aprovechase para la cocina, le sería útil para cuidar la casa; por donde resultaba que el perjuicio por el «donativo» era insignificante.

¿Cruzó además por su mente algún pensamiento pecaminoso? No nos atrevemos a negarlo.

Enterrada la señá Eufrasia recogió su cuñado al vástago, que desde aquel día tomaba bajo su protección y empezó por vestirla de riguroso luto y fijarse en aquella personilla huérfana a tan temprana edad.

La muchacha vió en aquel tío su salvación y procuró ser amable, con esa intuición de los seres abandonados que les hace comprender el verdadero camino para conseguir la felicidad, a la manera que ellos la entienden.

—¡Pobre chica!—dijo el señor Ramón, por decir algo, cuando la tuvo en su poder.

Aquel día comieron en la fonda, con gran estupefacción de los que conocían lo mujeriego que era el prestamista.

—¡Esto es escandaoso!—murmuraba uno—. ¿Es que se dedica ahora a las menores este hombre?

—Por lo visto—decía otro—se ha depravado y no tiene más placer que agarrarse a las tobilleras.

Bien dijo aquel que dijo que la calumnia es una cosa que se le levanta a los hombres cuando menos se lo piensan, porque en esta ocasión no podía ser menos infundada la murmuración.

Era la primera vez en la vida que en casa del señor Ramón durmiese una mujer, pero el hecho no le alteró en lo más mínimo; únicamente cuando ella le dió un beso y las buenas noches para irse a la camita sintió algo extraño el s lterón, algo de frescura y vida que le rejuvenecía; pero aquello pasó fugaz como un relámpago.

Durante los primeros días el señor Ramón modificó un tanto sus costumbres, especialmente por las noches; apenas cenaba y leía el periódico, a la cama, pues le daba pena dejar sola a la pobre huerfanita, por si le ocurría alguna desgracia o si tenía miedo.

Ese era el sacrificio mayor para nuestro protagonista, porque hasta entonces, ocupado durante casi todo el día en sus operaciones había destinado la noche para dedicarla al amor, y las pasaba en compañía de una muchacha que protegía generosamente. El nuevo compromiso le hizo trastornar el orden de las visitas, como decimos, pero poco a poco fué volviendo a su vida antigua, saliendo una noche un rato,

prolongando otro día la ausencia y acabando uno por no regresar a casa hasta el siguiente.

—¿Pasarías miedo anoche, eh?—le preguntó a su sobrina.

—No, señor—respondió la niña con la mayor amabilidad y sencillez—. Estando la puerta cerrada poco he de temer.

—Es que como a veces, ¿sabes?, tengo que cobrar deudas atrasadas a deshora, pues ahí tienes...—dijo el señor Ramón, dando explicaciones que no le pedían.

—Por mí no deje de hacer todas sus necesidades.

—Sí, no hay más remedio, porque de otro modo, con lo malos que están los negocios pronto daría fin de la bolsa.

Desde aquel día se tomó mayores libertades el señor Ramón, si libertades puede tomarse el que manda y gobierna, y dejó de dormir en su domicilio algunas noches.

Eso sí, rodeó a la muchacha de cuidados y atenciones, para hacerle menos sensibles sus prolongadas ausencias y se dedicó de lleno a su acostumbrada vida de placer, pues como él decía muy bien tenía ya en el bolsillo el billete para el otro mundo y el tren podía salir de un momento a otro y era necesario aprovecharse, por si en otras tierras desconocidas no existían mujeres dedicadas a satisfacer los caprichos de los hombres.

—Hay que aprovecharse—repetía—. Además, el buen artillero ha de morir al pie del cañón.

II

Perspectivas

Pasó así el tiempo. Con sus trece años cumplidos, Rosalía parecía un capullito de rosa lozana, dispuesto a abrirse y mostrar los encantos que encerraba aquel cuerpecito lleno de hermosura y gracia.

Porque hasta ahora no habíamos hecho el retrato de ella, esperando que se desarrollase algo más, pues a nuestro juicio indica gustos depravados ensalzar cualidades y solazarse ante los encantos de una niña.

Esto nos recuerda aquella composición titulada «La flor del granado», que termina diciendo:

No cojas la flor
encendida del granado
y deja que se madure
lo que lleva en su interior.
No brindes querer
a la niñita sencilla
hasta que florezca y llegue
con el tiempo a ser mujer.

Rosalía era blanca como la leche, y su blancura resaltaba aún más con el traje negro que le había comprado su tío; hija de una peinadora, lo natural era que entendiera bastante de cabezas, de modo que la suya daba gusto verla, pues a cada paso se peinaba de manera tan caprichosa como elegante y sencilla. Sus ojos eran negros y lujuriosos, así como

los de una muchacha que desde su más tierna edad sólo ha oído conversaciones libidinosas y eróticas y presenciado escenas de amor libre que excitan.

Estaba muy desarrollada; sus piernecitas eran tentadoras y para colmo de excitación su buen tío había dispuesto que las faldas que le hicieran fueran ajustadas rigurosamente a la actual moda, o sea muy cortitas y ceñiditas, con lo cual el señor Ramón la veía ordinariamente hasta el nacimiento del muslo y es posible que hiciese algunas consideraciones acerca de cómo y dónde terminan y empiezan ciertas cosas.

La ampulosidad relativa de sus caderas indicaban que serían excelentísimas, cuando llegasen a su desarrollo y unos bultitos en el sitio que usan las mujeres para amamantar a sus hijos daban a entender que allí había carne y material abundante para gastar con el tiempo un corsé amplio y de resistencia superior.

Eran preciosos los pechos de Rosalía aun no estando por completo desarrollados. El señor Ramón, como perro viejo, procuraba tantearlos disimuladamente y como por distracción, siempre que la muchacha, dando muestras de excelente educación y respeto, le daba los buenos días y las buenas noches con un beso y un abrazo.

En aquellos momentos aprovechábase el prestamista y más de una vez había rozado aquellos botoncitos rosados y hasta hubiera jurado que al roce adquirían una erección sospechosa.

Por lo demás, la vida transcurría en medio de la mayor placidez e insignificancia.

El señor Ramón no había perdido nada con el legado que le hiciera su cuñada, pues Rosalía era muy hacendosa y poco a poco, como una mujercita hecha y derecha, se había ido imponiendo de todo lo que

era necesario hacer en una casa para que no falte nada en ella.

A fuerza de constancia y buena voluntad, llegó a convertirse en una excelente cocinera y ya dejaron de ir a la fonda, con lo cual salió ganando el tío, que aseguraba que nunca había comido mejor ni tan económicamente.

Parecían un verdadero matrimonio a no haber sido por la diferencia de edad y había que ver a la jovencita cómo se arreglaba y componía, con esa coquetería innata en la mujer, para recibir a su tío.

Sentábanse a la mesa y éste la contemplaba admirado.

—Eres de primera—le decía.

Y ella se echaba a reir con picardía, como si entendiese otra cosa y besaba a su tío, como agradeciéndole su opinión.

Pero llegó un día en que el señor Ramón creyó advertir que aquellos besos eran muy cálidos, que le quemaban y enardecían, y tembló.

—Estas criaturas alocadas le hacen pensar a uno disparates—reflexionaba—; pero yo he de ser un hombre honrado y no abusaré de mi posición.

Acaso se acordaba de la flor del granado y tal vez esperaría a que el fruto estuviese sazonado.

El caso es que insensiblemente se iba estableciendo entre los dos una especie de simpatía particular, aparte de la que engendraban los lazos de familia, que como sabe el lector no podían ser más endebles y sutiles.

Cada día aumentaban los encantos de la muchacha: la crisálida se transformaba en mariposa de brillantes colores y cada vez se acercaba más la joven mariposa a la luz, al peligro de quemarse las alas en la intensa llama del amor.

Eso sí, justo es consignarlo, haciendo ese honor al

señor Ramón, jamás se había permitido la menor libertad con su sobrina; era una admiración platónica que no había tenido la menor consecuencia lamentable. La paz reinaba aun en Varsovia.

Unicamente ocurría un detalle, en apariencia sin la menor importancia.

Cuanto más expansiva se mostraba la muchacha con su tío, más frecuentes eran las salidas nocturnas de éste.

Se conoce que iba a apagar su sed en la fuente que mantenía a su costa para tales ocasiones.

Esa era la mejor arma de defensa empleada en beneficio de la honestidad de Rosalía.

III

Lo que muere

El señor Ramón regresó cierta noche a su casa más temprano que de costumbre y con un humor de doce mil pares de diablos.

¿Habría sido objeto de una estafa, por parte de una vendedora del mercado?

No era probable, aparte de que el perjuicio no hubiera sido cosa mayor, ya que los préstamos que hacía eran de reducidas cantidades.

Se trataba de algo más grave y trascendental y hasta en el fondo había estafa indudablemente.

Véase el caso:

El señor Ramón mantenía, como hemos dicho, a una prójima de la cáscara amarga, pero muy dulce de probar, en sus más íntimas interioridades: la mantenía, decimos, porque mantenía con ella relaciones amorosas, si en aquellas relaciones podía decirse que existiese amor.

Como la chica se lo merecía y al señor Ramón le gustaba hacer las cosas bien, la había puesto un pisito coquetón, amueblado con lujo y ella imperaba allí como dueña y señora.

El idilio transcurría en la mayor placidez, cuando un detalle, al parecer insignificante, vino a turbar felicidad tanta: al señor Ramón se le perdió la llave del cuarto y por su mente de hombre experimentado y concienzudo cruzó la sospecha de que su amada se la había escamoteado.

—¿Tendrá algún amante—se dijo—y estaré yo haciendo el ridículo? ¿Pertenecerá ese individuo a esa clase que tiene un nombre parecido a cierta sopa de que tanto abusan los italianos y aun los que no lo son?

El autor se cree en el caso de decir que él, por su parte, gusta mucho de la sopa de macarrones al horno.

El caso es que el hombre no se dió por aludido; continuó extremando sus atenciones hacia la bella y vigilando a la vez.

Se mandó hacer otra llave, que guardaba para un momento determinado, y siempre que la visitaba llamaba a la puerta para demostrar que la llave no había parecido ni se había proporcionado otra.

—En la confianza está el peligro—solía decir el señor Ramón, acordándose de la sentencia del sabio.

Y vigilaba, aun sin manifestarlo, dispuesto a hacer un escarmiento ejemplar si se la pegaban.

Aquella noche, sin explicarse la causa, cruzó por su mente una sospecha.

—Creo que esa mujer me engaña—pensó para su capote.

Y cual un ladrón que esquiva ser visto, penetró sigilosamente en la casa; introdujo con suavidad la llave en la cerradura y se coló, confiado en descubrir algún atentado contra su dignidad.

Esto de dignidad es un modismo, porque entre nuestros protagonistas era muy difícil hallar siquiera un gramo de ella, porque seguramente no la conocían.

La casa estaba completamente a obscuras y a tientas anduvo el señor Ramón, deteniéndose a cada paso y prestando atención, por si descubría algún ruido sospechoso. Nada.

¿Acaso habría salido la joven de compras, o tal vez para acudir a alguna cita y de ahí el que nunca

hubiera observado en la casa nada anormal ni sospechoso?

Ya se disponía a retirarse el prestamista, cuando creyó oir un ruido semejante al chasquido de un beso.

Y el rumor partía del dormitorio conyugal.

—¡Canastos!—exclamó el amigo, aunque empleando otra interjección más gráfica y expresiva—. ¡Cuando yo decía...!

Avanzó más y entonces percibió un débil rayo de luz que salía de la alcoba.

—¡Allí están!—dijo, lleno de furor—. ¡Me vengaré, me las pagarán los mamarrachos!

Pero tuvo el mal gusto, lo cual sucede muy a menudo, como habrán tenido ocasión de observar los que se han visto en caso semejante, de escuchar la conversación y hasta contemplar por el ojo de la llave la escena, con objeto, a lo que parece, de excitarse más y hacer luego su venganza más ejemplar.

Los dos amantes, muy ajenos a la idea de que los vigilaban tan de cerca, hablaban en voz alta y se entregaban a toda clase de excesos.

La conversación era de alivio y demasiado edificante.

Cuando se acercó el señor Ramón decía una voz masculina, haciendo palmas o dando palmadas en algún cu... tis:

—¡Que se repita, que se repita!

El señor Ramón atisbó por el ojo de la llave para ver la función que iba a repetirse, y ojalá hubiera cegado antes, según dijo después.

El intruso era un hombre joven, bastante guapo por cierto, no sabiéndose a qué clase de la sociedad pertenecía, porque no llevaba puesta ninguna prenda. La otra prenda, la mujer, iba poco más o menos tan ligera de ropa como su compañero.

Mostraba sus más ocultos encantos, y aquel con-

junto de belleza excitó una vez más al señor Ramón y le obligó a decir, olvidando por un momento la situación y sus deseos de venganza:

—¡Y pensar que eso me lo estaría yo beneficiando ahora, si no estuviera aquí ese bruto!

Aquel bruto, que de vez en cuando se ocupaba de él, lo ponía como un trapo.

—¿Qué diría tu viejo—exclamaba, riendo—, si se presentase aquí de pronto?

—¡Infeliz! Harto haría con callarse y darte las gracias, porque le echas una mano.

—¿Es que ya no te complace en tus deseos?

—¡Eso quisiera el pobrete!

—¡El mamarracho! ¡El primo!

El señor Ramón sudaba la gota gorda y en seguida les hubiese demostrado todo lo contrario, pero quería presenciar la escena hasta el final, para que fuese más horrible su venganza, y se contuvo.

Siguió la poco edificante conversación breves momentos, porque aquella vez le tocó a la joven entusiasmarse y batir palmas, exclamando:

—¡Que se repita, que se repita!

Y cuando ya se disponían a proseguir la función, estalló en cólera nuestro paciente amigo y soltando un terno y dos patadas a la puerta, que la abrieron de par en par apareció en la alcoba, como el ángel exterminador.

Más ligero que un gamo saltó el intruso de la cama, dispuesto a poner pies en polvorosa si hallaba ocasión propicia, a pesar de sus bravatas de antes. En cuanto a la joven, empezó a llorar y a secarse las lágrimas con el pañal de la camisa, poniendo al descubierto cosas no ignoradas por ambos espectadores; pero es que la pobre no sabía lo que se hacía.

—¿Conque el primo, eh?—exclamó con terrible calma el señor Ramón—. ¡Sinvergüenzas, canallas!

—Pero, Ramón, yo te explicaré...

—¡Cállese usted, so golfa! No os cojo a los dos y os tiro por el balcón, por no ensuciarme las manos.

—¿Por dónde pensaría cogernos este tío?—se preguntó el de nombre igual al de los fideos gordos.

—Usted—añadió, dirigiéndose a éste—, ya puede dar por terminado el rancho que le daba este pendón y ya se está largando con viento fresco.

—Con viento fresco—repitió el intruso—, digo, con mucho gusto.

Y ahuecó el ala rápidamente sin preocuparse ni salir a la defensa de la mujer que por él se jugaba su porvenir.

—En cuanto a ti—siguió diciendo el señor Ramón cuando se quedaron solos—, sólo tengo que decirte una cosa. Que mañana por la mañana cuando yo venga no quiero encontrarte en esta casa, que es mía, porque vuelvo a recuperarla por tu mala conducta. Eso sí, puedes llevarte todo lo que sea de tu uso particular y no me agradezcas tal generosidad.

—Pero Ramón, escucha—se atrevió a decir la infeliz, que se veía completamente abandonada y perdida.

—Ni una palabra más—exclamó el señor Ramón, saliendo por el foro.

Y he ahí explicadas las causas de retirarse temprano aquella noche y con un humor de doce mil pares de diablos.

El caso no era para menos, querido lector; ponte en su lugar.

Veamos ahora las consecuencias que llevó consigo aquella separación.

IV

Un pequeño sondeo

El señor Ramón llegó con cara de pocos amigos y se lo conoció en seguida su pupila, aunque sin que remotamente sospechase las causas.

Demostrando una candidez algo alarmante le preguntó:

—¿Es que no tenía usted ninguna cuenta que cobrar esta noche?

—Sí—replicó el señor Ramón—; y por cierto que la he saldado completamente: ya hemos quedado en paz y creo que lo sentirá ella más que yo.

—¡Ah! ¿Se trataba de una mujer?

—Metí la pata—refunfuñó.

Y luego, alzando la voz dijo:

—Sí, una rabanera, ¿sabes? Como mis préstamos son por lo general a vendedoras...

—Como decía usted que ella lo sentiría...

—Y lo repito, porque en lo sucesivo tendrá que recurrir a otro, que acaso le cobre más réditos que yo.

—Le digo a usted que hay algunas mujeres...

—No me lo digas, porque lo sé de sobra.

—Tío—preguntó la muchacha a boca de jarro y después de una leve pausa—, ¿usted no se ha casado nunca?

—Que yo sepa, no—contestó el tío, desconcertado por la pregunta—. ¿Pero a qué viene eso ahora?

—A que si hubiese tenido usted un hijo de mi edad,

podríamos habernos casado, porque yo le querría mucho.

—¡Demontre! ¿Ya piensas en novios? Pues tempranito empiezas.



...hasta contemplar por el ojo...

—No, no; si sólo hubiera sido para demostrarle a usted mi agradecimiento.

—¡Bah! Por eso no te molestes, chiquilla. Tengo

una obligación moral, pues por algo soy tu tío. Ya ves, un tío siempre es un tío.

La muchacha bajó la cabeza ante la contundencia de aquella afirmación. Pero Grullo no hubiera estado más afortunado.

En seguida observó:

—Yo ya sé lo que quería decir, tío Ramón, pero conste que no he pensado ni pensaré jamás en novios.

—Tampoco soy de tu opinión, porque indudablemente ha de llegar el día en que sientas la necesidad de amar a un hombre; es condición humana, hija mía. Por el amor abandonan los hijos a sus padres, conque mucho más una sobrina a su tío.

—Es que yo no pienso abandonarle a usted nunca.

—Imposible, porque llegará un día en que tenga que abandonarte yo.

—Me moriría.

—Yo soy el que por ley natural ha de morir antes que tú. ¿Te parece poco abandono?

—Es que yo me moriría también.

—¡Eso!—exclamó el señor Ramón, que iba olvidando poco a poco sus sinsabores—. ¡Para que nos enterrasen juntos!

Y lanzó una sonora carcajada.

Rosalía celebró igualmente la observación.

El prestamista se lanzó en un mar de confusiones y conjeturas que lo pusieron pensativo.

—¡Cielos!—se dijo—. A ver si es que está por mí la chiquilla.

Entonces se fijó con más detenimiento en su persona.

De día en día aumentaban sus encantos; ya el seno lo tenía más abultado y más redondeadas las pantorrillas; había crecido un poco más y de carnes estaba bastante mejor; pero...



—Pero Ramón, escucha...

El pero que se le atragantaba al señor Ramón era la corta edad de su sobrina; apenas tenía quince años.

—Es un crimen—pensaba—atentar contra una criatura así...

Hizo un esfuerzo para abandonar malos pensamientos y exclamó como deseando cortar la entrevista:

—Ea, nena, vámonos a dormir, que yo he de madrugar mucho mañana, porque tengo que practicar una liquidación.

La muchacha se acercó a su tío y le dió las buenas noches en la forma acostumbrada, pero aquella vez se abandonó negligentemente en sus brazos y le dió un prolongado beso en la boca, que al señor Ramón le hizo el efecto de una descarga eléctrica que sacudiese todo su ser.

Sentado como estaba, la sujetó por la cintura, la atrajo de nuevo hacia sí y una ráfaga de lujuria cruzó por su exaltado cerebro.

Luego le desabrochó la blusa y con mano febril palpó lo que antes había rozado con sus pecadoras manos, tanteó y pesó y por fin acabó por besar aquellos botones erguidos, sonrosados, vírgenes a todo impudor, que se ofrecían por vez primera a la contemplación de un hombre.

Rosalía no oponía la menor resistencia; por el contrario, parecía que en ello experimentaba gran placer, pues languidecía por momentos en brazos de su tío, que había conseguido sentarla sobre sus rodillas.

Uniénronse de nuevo aquellas dos bocas y cuando los ojos del prestamista brillaban con el fulgor de la calentura sexual, tuvo el señor Ramón un momento de lucidez e incorporándose y volviendo a la realidad se limitó a decir con voz ronca:

—Lo dicho; a dormir, que ya es hora.

Y luego añadió:

—Pero cada uno en su camita.

Y se retiró rápido y casi avergonzado.

Rosalía, encarnada como una amapola, imitó a su tío y a poco reinaba en toda la casa el silencio más absoluto.

Probablemente tardarían mucho ambos en conciliar el sueño, pero verdaderamente no ocurrió nada de particular aquella noche.

Mas ya se habían exteriorizado ciertos deseos, ha tiempo reprimidos y habían visto de cerca la hora del pecado, que tal vez se repetiría muy en breve.

Sin embargo, no adelantemos los acontecimientos.

V

¡Vaya un tío!

Levantóse al siguiente día el señor Ramón con un atroz dolor de cabeza y un amargor de boca irresistible. Toda la noche la había pasado en pertinaz insomnio.

Cuando su sobrina le sirvió el desayuno tuvo vergüenza, aunque parezca raro, de mirarla a la cara, recordando la escena de la noche anterior.

Ella se presentó risueña como siempre y le saludó con el obligado beso, pero aquella vez con más rubor que nunca. Por lo visto iba desapareciendo el afecto familiar para dar cabida a otro más efusivo y carnal.

El señor Ramón se lanzó a la calle y se dirigió a la casa de su ex amada, con ánimo de lanzarla al arroyo si todavía permanecía en ella.

Pero el pájaro había volado ya, aunque llevándose todo lo que pudo y llevándose algo más.

—Del lobo un pelo—diría la joven.

Y ahuecó el ala.

El señor Ramón no se inmutó lo más mínimo, limitándose a decir:

—Hice ayer muy bien al mostrarme generoso, pues lo mismo me hubiera ocurrido. En fin, que haga suerte y que no vuelva a acordarse más de mí.

Y trasladó a su domicilio los muebles que habían quedado en el otro.

Así transcurrieron los días: el señor Ramón se

dejó, por el momento, de devaneos y pasaba la velada en el café con los amigos, echando su partidita de dominó o su tute arrastrado o hablando de toros y de mujeres, dos temas inagotables para los españoles, y antes de la media noche se retiraba tranquilamente a casa y hasta otro día, en que volvía a repetirse la operación.

Llegó una noche...

Una noche regresó el señor Ramón a su casa, como de costumbre, y se metió en su habitación, dispuesto a sepultarse en el fementido lecho que guardaba para sus abstinencias femeninas.

Rosalía no se dió cuenta de su llegada, porque acostumbraba a acostarse temprano, confiada en que su tío no necesitaba nunca de sus servicios, pues para no molestarla hasta tenía su llave y con ella abría la puerta.

El señor Ramón regresaba un tanto excitado, porque la conversación había sido aquella noche picaresca y erótica.

Más de una vez estuvo tentado de hacer de esposo accidental de alguna de las muchas damas de honor averiado que le habían salido al paso con la consabida cantilena de:

—Escucha, moreno; ¿quieres descansar un ratito en casa?

Las había para todos los gustos y caprichos; jovencitas, características, altas, pequeñas, delgadas, gruesas, españolas y francesas, cuya lengua es tan agradable para los que no las entienden, porque sólo conocen el castellano.

Aquellas desgraciadas hacían ofrenda de su cuerpo y en unas el vicio, la impu[illegible]cicia, y en otras el

hambre, las obligaban a hacer proposiciones que causaban náuseas o inspiraban compasión.

Tal vez el exceso de demanda o la degeneración de algunos machos fueran la causa de tales ofertas, porque al mercado hay que darle lo que necesite y exija.

Pero el señor Ramón, hombre corrido en toda clase de aventuras, no cayó en el lazo, porque es lo que él se decía:

—¡Tendría gracia que a mi edad adquiriese yo una dolencia asquerosa que me pusiera en ridículo y hasta me costase la vida!

Y se excusaba, rechazando las fingidas caricias de aquellas hetairas.

Una le llamó la atención y casi le puso en el disparadero, como suele decirse.

Era una muñequita, una nena que apenas habría cumplido los quince abriles o agostos, según el mes en que hubiese nacido, y de ondulantes formas y ojos acariciadores.

Le encantó su cortedad, que a la legua demostraba su novatada en el oficio, pero se acordó involuntariamente de su sobrinita, casi del mismo tipo que ella y la rechazó suavemente.

Ya hemos dicho que el señor Ramón regresó más temprano que de costumbre.

Sin hacer ruido, para no despertar a Rosalía, llegó a su cuarto y empezó a desnudarse, resignándose filosóficamente a acostarse sin tener quien le calentase la cama, aunque maldito el frío que hacía aquella noche.

Ya en mangas de camisa, tuvo necesidad de salir para realizar una diligencia que nadie podía hacer

por él, y al cruzar la galería vió luz en la habitación de su sobrina.

—¿Estará leyendo ésta?—se preguntó—. O a lo mejor se ha quedado dormida y se le ha olvidado darle vuelta al conmutador.

El señor Ramón, que no comprendía que pudiese dormir nadie con luz, porque a él no le gustaba, se acercó con la confianza que da el parentesco y el sencillo propósito de hacer un beneficio.

—Le apagaré la luz, si se ha quedado dormida—se dijo—; y si está leyendo le daré las buenas noches.

Llegó al dintel del cuarto, echó una ojeada y vió...

La lámpara eléctrica, colocada sobre la mesa de noche en artístico aparato, iluminaba la estancia con luz suave y fija, y había que ver...

Rosalía dormía con la tranquilidad que dicen que tiene el sueño de la inocencia; hasta sonreía apaciblemente, y no decimos traviesamente porque hubiera sido grave pecado pensar que la mala intención se albergase en aquel cuerpecito candoroso y apetitoso.

Y sudoroso, se nos olvidaba decirlo, pues hay que hacer constar que la muchacha dormía a pierna suelta, mejor dicho, con las piernas al aire, sobre la cama, sin ninguna ropa que la prestase calor, con una negligencia, a la *negligé*, como dicen los franceses, que era un encanto.

Por lo visto tenía calor y había concluído por darle dos patadas a las sábanas y quedarse al aire libre, hasta que la frescura de la madrugada la obligase a cubrirse.

Rosalía estaba hermosa en su semidesnudez encantadora: la camisa dejaba al descubierto buena parte de los muslos, y por arriba el nacimiento de

unos pechos redondos, duros, al parecer, sonrosados y albos como la nieve de las montañas.

El señor Ramón quedó absorto ante tales encantos y contempló con arrrobamiento a su sobrina largo rato, sin atreverse a turbar su sueño ni permitirse la menor libertad. Era, la suya, una admiración mística, permítasenos la palabra, sin mezcla de pensamiento pecaminoso alguno.

Después de admirarla a su sabor, iba a apagar la luz y retirarse a su cuarto, cuando Rosalía hizo un movimiento, estiró los brazos y de aquel movimiento resultó que en medio de la blancura inmaculada de su camisa llena de encajes y entredoses en su parte superior, hizo tímida aparición un encantador capullito de rosa.

El prestamista abrió desmesuradamente los ojos, que brillaban lujuriosos, y se acercó algo más al lecho, aun a trueque de que su sobrina despertase y le sorprendiese; contempló con delectación aquel globo de nieve, de formas divinamente perfectas, que se hacía más visible cada vez, y cuando, por otro movimiento de Rosalía, apareció en toda su esplendidez furtivo, gracioso, coquetón, delicado, brillante como una joya de coral, fresco como un pétalo de rosa cogida al amanecer, conservando todavía el rocío de la madrugada, el señor Ramón perdió la chaveta, acercóse más todavía de puntillas a la cama, se inclinó sobre su sobrina y ciego por la lujuria, dominado por aquellos encantos, depositó un beso de fuego en el botón rosáceo que se ofrecía espontáneo a sus caricias.

En aquel punto hizo un nuevo movimiento Rosalía, volvióse de costado, extendió el brazo, que cayó sobre la cabeza del prestamista, que no tuvo tiempo de apartarse, y abrió los ojos llenos de sorpresa.

El tío se quedó mirándola, sin saber qué decir ni hacer.

—¿Usted por aquí a estas horas?—preguntó la muchacha, después del primer momento de estupor.

—Al pasar por el comedor vi luz en este cuarto—empezó justificándose el tío—, y suponiendo que se te había olvidado apagarla vine yo a hacerlo.

—¿Y estaba usted mucho tiempo aquí?—volvió a preguntar picarescamente Rosalía.

—Acababa de llegar y me retiro. Conque, buenas noches y hasta mañana. No se te olvide apagar la luz.

Ya se disponía a retirarse cuando ella le dijo:

—¿No hay un besito esta noche?

El señor Ramón no contestó. Se acercó a ella, la abrazó con una mano y con la otra dió vuelta al conmutador y la alcoba quedó a oscuras.

—Pero, tío, ¿qué hace usted?—se oyó decir entre sofocada y alegre a Rosalía.

¡Valiente tío!

VI

Penetración accidentada

En las batallas militares, lo mismo que en las lides amorosas, suele haber sangre, por lo general; no se conquistan las cosas así, porque sí, sin disparar un tiro ni causar profundo dolor en el corazón, o lo que sea, de la mujer.

En el caso que referimos, hubo también su pequeño ataque, y aunque la fortaleza era débil y había izado bandera blanca, pronto apareció la encarnada, símbolo de la honra mancillada y ruborizada por lo tanto, con el arrebol de la vergüenza.

Pero el enemigo penetró en la plaza.

El autor lamenta no poder relatar la escena ocurrida entre tío y sobrina, porque la oscuridad era completa y ni la vista más perspicaz podía atravesar las tinieblas reinantes en todo el dormitorio.

Claro es que podría salir del paso echando mano de los consabidos puntos suspensivos, pero el recurso está ya muy gastado y, además, se corre el peligro de que la fantasía del lector exagere lo que presume racionalmente que representan y padezca más de una reputación consolidada por años y años de virtudes y vida ejemplar.

Solos estaban Rosalía y el señor Ramón: había fuego y había estopa y fuerzas para soplar, y se encendió la hoguera harto tiempo latente bajo las

cenizas de una pasión o un deseo que en apariencias no existían.

¿Qué pudo ocurrir entre los dos?

Nunca mejor que ahora viene a cuento la escena baturra en la que un aragonés consuela a un su amigo que se ha quedado ciego, diciéndole:

—Más ti vale, maño. ¡Pa lo que hay que ver!

Nada podía verse allí, en efecto, ni maldita la falta que hacía; solamente se oían voces entrecortadas, alguna exclamación de angustia y rumor parecido a besos. Esto pudo ser una ilusión de los sentidos.

La respiración jadeante del señor Ramón indicaba que estaba realizando una faena superior a sus fuerzas; acaso cubría a su sobrina afanosamente con la ropa, para que no cogiese un constipado, o tal vez la cambiaba de sitio en el lecho, levantándola en brazos.

El hecho es que el hombre había penetrado en la habitación virginal de Rosalía, en su cuartito de doncella, por vez primera después de los años que la tenía acogida bajo su techo, o sea desde la muerte de su cuñada.

Fué una penetración un tanto accidentada, que en un principio causó dolor a la muchacha, aunque a poco se convirtió en placer, pues el señir Ramón la quería de veras y se esforzó en hacerla comprender que sólo el afán de atenderla solícitamente había sido la causa de que se introdujese en su cuarto a aquellas horas.

El coloquio entre los dos parientes se alargó hasta las primeras horas de la madrugada, en que el señor Ramón se acordó que tenía que ir al mercado para realizar sus transacciones interesadas, es decir, efectuar sus cotidianos préstamos.

Entonces encendió la luz y se despidió de su sobrina, que se hallaba tan sofocada, tan encarnada, que parecía que por todas partes le brotaba sangre.

¿Qué había ocurrido entre aquellos dos seres durante la profunda oscuridad en que yacieron sumidos?

Algo muy trascendental, indudablemente, porque la chica se permitió tutear a su tío y hacerle una despedida harto efusiva y cariñosa.

Se había roto una afección para dar nacimiento a otra; la crisálida se había convertido en mariposa y empezaba a libar la flor del placer sensual.

Eran consecuencias naturales que habían de traer otras de más trascendencia cuando menos se lo figurase la parejita.

—Aquí no ha pasado nada—exclamó el señor Ramón, sin saber lo que se decía, por lo visto.

—¡Ay, tío, te equivocas, porque yo te puedo asegurar que ha pasado algo!

—Sí, desde luego; pero como esto no ha de trascender al público...

—Ni le importa a nadie tampoco.

—Además, no ha de salir de entre los dos. Desde hoy seguirás siendo mi sobrina a los ojos del mundo, pero en la vida privada serás algo más, serás mi mujercita.

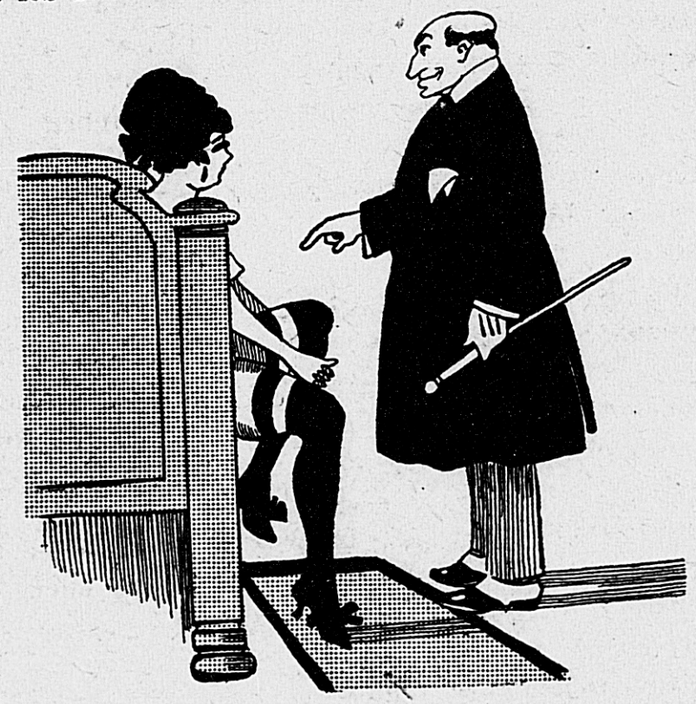
La niña rompió a llorar entonces; quizás aquella palabra de mujercita la volvió a la realidad, y aunque su cerebro no estaba en la plenitud de sus facultades, comprendió la gravedad de lo que acababa de ocurrir y derramó copioso llanto.

—Pero, ¿a qué viene eso ahora?—exclamó el señor Ramón, un tanto preocupado.

—Porque veo rotas todas mis ilusiones; porque ya no podré tener novio ni casarme como Dios manda.

—¿Y qué te importa a ti del mundo y los hombres? Me tienes a mí, que nunca he de abandonarte, y te juro que te he de vestir como una princesa y te he de dar una vida como una heredera de la corona.

—¿Lo dices de veras, tiíto?—dijo Rosalía, echándole los brazos al cuello y cubriéndolo de besos.



El buen artillero ha de morir al pié del cañón.

—Te lo juro por estas; pero no me llames ya tiíto, porque, aunque verdaderamente soy tío, desde hoy existe algo más entre nosotros. Llámame Ramón, Ramonín, un nombre cariñoso.

—Te llamaré Monín, que es más bonito.

—Sí, sí; dime Monín—asintió modestamente el tío.

Parecía ridícula la escena, pero el caso no tenía nada de extraño; que una muchacha que empieza a

sentirse mujer, se excite y desee conocer presentidos placeres y que un hombre viejo acabe por exaltarse también y querer aprovecharse de las circunstancias, son cosas que pasan en la novela, y en la vida real más veces que en la novela.

El señor Ramón se había enamorado de su sobrina y ya se sabe que las pasiones seniles son terribles, porque vienen a ser los últimos chispazos de una hoguera que va a extinguirse, los violentos estertores de la agonía, pero todo violento, febril, exagerado.

La escena había durado más de lo que acostumbraba el viejo a emplear en ocasiones semejantes y estaba rendido y fatigoso.

Bien es verdad que pocas veces en su vida había conseguido la satisfacción que experimentaba en aquella ocasión, pues el señor Ramón sólo se había beneficiado de los favores de alguna mujer veterana ya en las lides del amor, y a fuerza de mucho dinero.

La despedida fué en extremo cariñosa, y el tío quiso repetir sus manifestaciones de afecto hacia su sobrina, pero aquella vez no consiguió lograr sus propósitos.

—Hoy comeremos juntos—la dijo—y hablaremos despacio. Tenemos que combinar nuestra vida futura.

—Como quieras, amor mío.

—Así me gusta—exclamó el señor Ramón, dándola un beso.

Y se fué a la calle.

Rosalía quedó sola y maltrecha en la cama.

VII

Amores seniles

Pasa el tiempo; todo pasa en este mundo con una rapidez desesperante, especialmente lo que es bueno; lo que cuesta trabajo de pasar son los duros sevillanos.

Roto el hielo, descubierta la senda que tanto trabajo le había costado hallar al señor Ramón, tío y sobrina cambiaron de parentesco y aquello fué un idilio, un poema de amor.

El viejo procuró complacerla en todo lo posible, y después de vestirla y alhajarla ostentosamente, le dió por exhibirla en público, aunque siempre bajo el aspecto de sobrina recogida y apoyada por aquel corazón magnánimo en su orfandad.

A los ojos del vulgo aparecía como un filántropo, como un corazón caritativo que merecía el respeto y la veneración de todos.

Pero los de su cuerda pensaron mal del señor Ramón, y sus motivos tendrían para ello.

—El socio se ha dedicado seguramente a las tobilleras—decía uno.

—Esa ni es su sobrina ni le toca nada.

—Hombre—observaba otro—, no vale calumniar al prójimo. Ya sabes que la calumnia es una cosa que se le levanta a lo mejor a los hombres... ¿Por qué no ha de tocarle nada?

—Yo ya sé lo que me digo; que él será, efectiva-

mente, tío, un tío con toda la barba; pero, lo que es ella...

Rosalía estaba hermosísima y por todas partes llamaba la atención: era un capullito de rosa que se abría con todo su esplendor y que se había desarrollado, de la noche a la mañana, como quien dice, abultándosele los senos, arreciándosele las pantorrillas y adquiriendo un *caderamen* despampanante.

Por lo visto las mujeres son como las plantas: se desarrollan a fuerza de abonos y de riegos.

Más de uno había soñado penetrar en su jardín; pero aparte de que no tenía ocasión para acercarse a la joven, ésta, con un talento impropio de su edad, se mostraba en público fría e indiferente, como si a causa de su poca edad no hubiese llegado a quemarse todavía su corazoncito en la llama del amor.

Todo era, como suele decirse, paz y concordia entre los príncipes cristianos; el señor Ramón se consideraba feliz y dichoso con el hallazgo que había tenido, y cuando llegaba la noche se encerraban los dos tórtolos en su habitación, y solos y sin testigos, se entregaban en completa libertad a sus transportes amorosos; no se hubiera cambiado el prestamista por el hombre más afortunado de la tierra.

Rosalía se dejaba querer, y tal vez por gratitud o cariño, satisfacía todos los caprichos de su tío, con lo cual no sabía éste dónde elevarle un templo para venerarla y adorarla, resolviendo, por fin, que fuese en aquella alcoba iniciadora de aquellos nuevos placeres, y al efecto la hizo amueblar y adornar con un refinamiento de coquetería, que no había salido seguramente de su cabeza, aunque sí de sus bolsillos el importe de las facturas presentadas por mueblistas y tapiceros.

El caso es que con el tiempo la vida marital hizo progresos, y como Rosalía era muy joven y el señor Ramón muy viejo, los deliquios amorosos fueron haciendo mella en el tío, que se veía negro para cumplir como el hombre que siempre había sido, y como artillero que debe morir al pie del cañón.

A veces se entregaba, parlamentaba y procuraba calmar la excitación de su sobrina, como Dios le daba a entender, pero quedando mal casi siempre.

A medida que él descendía se acentuaba más en ella el erotismo; recién llegada a la vida del placer, anhelaba goces continuos, que el pobre del señor Ramón se consideraba impotente para satisfacer.

Pero, lo repetimos, todo era paz y concordia; un verdadero idilio.

Rosalía era ya una mujer en la plenitud de su desarrollo físico; había progresado en carnes y en hermosura. Tenía diez y seis años cumplidos y había algunos que la hubieran echado más.

En los principios del mes se abstenían de bromas, porque suelen ser peligrosas por lo general.

—Mucho cuidado—le decía ella—, porque a lo mejor, o a lo peor, me puede ocurrir algún desaguisado, que si lo advirtiesen tus amigos, daría al traste con tu buena fama de protector de la orfandad desvalida.

—No hay miedo—objetaba el señor Ramón—, porque yo no pincho ya ni corto.

—De menos nos hizo Dios—replicaba la joven.

—Te digo, que no hay peligro.

—¡Quién sabe!

Y el bueno del señor Ramón, que en sus ratos de ocio había leído algunos libros acerca de la higiene conyugal y tenía casi la seguridad de que a sus

años poco podía hacer ya en favor de la reproducción de la especie, quiso convencerse más y fué a consultar a un su amigo antiguo, que ejercía la profesión de médico.

—¿Dónde te metes, que no se te ve por ninguna parte?—le preguntó éste, abrazándole.

—Por el mundo.

—¿Te has casado?

—Casi, casi, y a eso vengo; a consultarte acerca de mi caso.

—Habla, hombre, que ya te escucho, como médico y como amigo.

—Pues verás; casi me he casado, con una muchacha a la que puedo triplicar la edad; una chiquilla que tira de espaldas.

—Malo es que la mujer tire.

—Una especie de *bibelote articulado,* ¡con unos movimientos...!

—Conozco tus aficiones y sé que la chica será de alivio.

—De alivio y de medio luto.

—Bien; pero hasta ahora...

—Déjame terminar. Es una mujer ardiente...

—¿Que arde en un candil?

—Y en todos sitios. Y yo vengo a consultarte para saber si a mi edad puedo abrigar la probabilidad de tener sucesión.

—La probablidad creo que no; el peligro, sí.

—¡Me ofendes!

—Dispensa, pero he querido decir que si tienes hijos a tu edad es un peligro... porque no llegarías a verlos hechos hombres.

El señor Ramón cortó la entrevista y se despidió de su antiguo amigo con fríaldad.

Llegó a su casa indignado todavía, pero se le pasó el mal humor al recibir en sus brazos a su amorosa sobrina, que le esperaba con el mismo afán de siempre.

Pero, ¡ay!, el señor Ramón andaba, como dicen que andan los cangrejos, a los cuales se les ha calumniado desde tiempo inmemorial, porque resulta que no andan hacia atrás, ni mucho menos.

Quien retrocedía escandalosamente era él, que le costaba Dios y ayuda para salir del paso.

A pesar de eso, llegó un día en que Rosalía le hizo una revelación gravísima.

—Ramón—le dijo, empleando un tono grave y sospechoso—, me parece que me bulle algo en el cuerpo.

—Será la sangre—replicó él—; como estamos en primavera...

—No estás en lo cierto.

—¿Querrás negarme que en marzo no estamos en primavera?

—Quiero decirte que no se trata ahora del tiempo. Es que creo que voy a ser madre.

—¡Anda tu madre!

—Y tú eres el responsable de lo que pueda resultar.

—¿Y qué va a resultar?

—Eso es lo que ignoro; si será varón o hembra.

El señor Ramón se alegró en su interior, por su amigo el médico.

—Para que niegue la probabilidad—se dijo, pensando hacerle rabiar y darle un disgusto cuando se lo tropezase.

—Es cosa tuya, Ramón—decía la joven, llorando con un desconsuelo que daba compasión.

—Pues si es mío, me quedaré con él. No te apures, que todo se arreglará; lo que se impone ahora es el

aislamiento absoluto: tu clausura entre estas cuatro paredes para que no te vean mis amigos y me tomen el pelo.

—Pero no me dejarás sola.

—A ratos te dejaré, porque, como comprenderás, he de cumplir con mis amigos.

—¡Pobre de mí, que siempre he de esperar!

—Hija mía, cuando salgas del paso será otra cosa.

—¿Y cómo le llamaremos?

—Un mal paso.

—Digo al vástago.

—Pues Ramonín o Ramona, si es hembra, Dios no lo quiera.

—¡Ay, amor mío!

—¡Ay, Rosalía!

Y se confundieron en un abrazo, no muy estrecho, porque el estado de la joven no lo permitía.

El señor Ramón, además de tío, iba a ser padre, por primera vez en su vida.

VIII

Que salga el autor

Todos los extremos son viciosos, como decía un individuo, cuyas extremidades inferiores, los pies, parecían dos mapa-mundis. Lo mismo resulta perjudicial una abstinencia prolongada que un continuo yantar, según llaman al comer algunos restauradores del lenguaje antiguo.

También suele ocurrir aficionarse a una cosa, que no se conocía, apenas iniciado uno en ella, y así se ha visto individuos que nunca habían bebido, por ejemplo y que al tomarle el gusto a la primera copa han seguido libando y han acabado por ser unos borrachos empedernidos.

Rosalía se había aficionado también a los goces del amor, y por ellos lo olvidó todo: cariño y gratitud.

Como su tío no podía complacerla en sus exigencias, cayó en una especie de excitación que dió al traste con todo lo digno y honrado que debe albergarse en el corazón de cualquier persona de nobles sentimientos.

Con mala pata se lanzaba en la senda de la vida.

Ocurrió que en el mismo piso y en el cuarto inmediato habitaba con su familia el simpático Pepito, un joven que estudiaba Derecho, aunque estudiase sentado la mayoría de las veces y alguna vez se tropezaron en la escalera, saludándose sencillamen-

te, como corresponde a vecinos que viven en buenas relaciones.

Rosalía se fijó en el estudiante, le pareció buen tipo y pensó en él inconscientemente.

—¡Qué diferencia!—exclamó un día que le miró con más detenimiento.

Le comparó con su tío, y de la comparación no pudo salir peor librado el pobre señor Ramón.

Aquello era canela fina; aquel era un hombre con toda la barba, aunque apenas le apuntaba el bozo, y a juzgar por su persona, podía cumplir mejor sus compromisos que el pobre viejo. De las demás cualidades, poco se preocupó. ¿Para qué?

Y pensó demasiado en él: soñó unas cosas...

Ya lo dijo el sabio, sentenciosamente:

«Si la mujer exigiese a su amante las mismas cualidades que a su marido, ¡qué pocas faltarían a sus deberes conyugales!»

Al muchacho le pareció también un tipo de primera Rosalía, y procuró tropezarse con ella en la escalera cuantas veces podía.

¡Pero era tan pusilámine...!

Rosalía sintió vivos deseos de conocerlo íntimamente: experimentaba la nostalgia de las primeras entrevistas sostenidas con su tío y resolvió imitar a Mahoma, aunque no llegó a conocerlo.

«Si la montaña no viene a mí—dicen que dijo el profeta de las huries—iré yo a la montaña.»

Si Pepito, este era su nombre—pensó Rosalía—no se me declara, me veré obligada a hacerle yo la declaración.

Pero como el diablo no descansa un solo momento, ya que su misión es la de tentar a la humanidad, llegó un día en que la muchacha fué tentada; sintió un desasosiego general por todo su cuerpo;

su tío no había conseguido quitarselo y le picaba la sangre y le zumbaban los oídos, y el erotismo había alcanzado su grado máximo.

Resolvió jugarse el todo por el todo. Esperó la hora en que Pepito regresaba a su casa y al sentir que subía por la escalera, abrió la puerta de su habitación y le hizo entrar sigilosamente, aprovechando la ausencia del señor Ramón. que por aquellas horas estaba en sus ocupaciones profesionales.

Pepito creyó estar viendo visiones: le parecía mentira lo que le ocurría e inconscientemente penetró en el cuarto y se dejó conducir hasta la alcoba.

Intranquilo por las consecuencias que pudiera tener aquel paso, miraba a la joven con una especie de temor mezclado con el deseo de poseerla, pero sin atreverse a hacer ni decir nada.

Rosalía se fijó con más detenimiento en el muchacho, y expermentó nuevos deseos de satisfacerlos con aquel joven, poco mayor que ella, y que parecía lógicamente la persona a quien correspondía realizar el idilio de amor y no aquel vejestorio achacoso y falto de potencialidad.

—Vamos, siéntese usted, joven, y charlemos—le dijo risueña Rosalía.

Pepito parecía un santo de piedra y no se movió de su sitio.

—Que se siente usted—repitió, alegremente, dándole un ligero empujón para que tomase asiento en la butaca próxima.

Vaciló el estudiante, perdió el equilibrio, y creyendo que la tierra se abría a sus pies, se agarró a la muchacha y cayó sobre la butaca con ella, que vino a quedar sentada en sus rodillas.

Nada hizo Rosalía por desasirse de él; al contrario, le echó los brazos al cuello y le dirigió una mirada



Llegó al dintel del cuarto, echó una ojeada...

tan enloquecedora, que Pepito perdió la cortedad y la dió un beso cálido, el primer beso pasional que la joven recibía en su vida y que la transformó por completo.

El estudiante echaba chispas, y en aquellos momentos todo lo hubiese arrostrado por ser dueño de preciosidad tal, por haber gustado de las primicias, así lo creía él, del amor de la joven: su excitación corría parejas con la de Rosalía.

—¡Al fin serás mío, nene de mi alma!—decía la chica, olvidándose de su tío y de las consecuencias que podía acarrearle aquel mal paso que estaba dando.

Pepito, teniéndola todavía sobre sus rodillas, la palpaba afanoso; había perdido por completo su cortedad primera y besaba y mordía como macho en celo, jadeante, ebrio de placer, semejante al avaro que acaricia su tesoro.

Y allí mismo, no lejos de la butaca, se consumó la escena sensual espontáneamente, naturalmente, sin los preliminares de los ruegos y las negativas formulistas: lo anhelaban los dos y con pocas palabras se entendieron.

Después vino la segunda parte, que suele ser siempre la más lastimosa.

Rosalía le contó su verdadera historia, y Pepito recibió su desilusión primera, cuando se enteró que otro jardinero más afortunado y más ridículo también se había llevado antes la mejor flor del jardín del amor.

Aquel resquemor, aquel amargor de boca desapareció pronto, merced a un cuento de la joven, en el que aparecía como seducida por fuerza, obligada a entregarse a su tío, para no ser objeto de su castigo, ni verse abandonada en medio del arroyo.

—Pero mi corazón es tuyo por completo—le decía. —¿Qué pasión puede inspirar un vejestorio así? Tú eres mi único amor, nene mío.

El señor Ramón, entretanto estaba en la higuera, porque nunca se hubiera atrevido a poner en duda la fidelidad de su sobrina.

Así es que los amantes se veían libremente, con harta frecuencia y desahogaban sus corazones con tal ansia, que parecían no querer perder un momento por si se acababa el mundo.

Precisamente iba a ser todo lo contrario; el mundo iba a aumentarse con un individuo más.

Fué cuando Rosalía confesó a su tío que le bullía algo en su interior, y cuando el señor Ramón creyó cándidamente que su sobrina iba a hacerle padre.

Tan equivocado andaba él como acertado el médico; pero el buen hombre, orgulloso por la novedad, no se dió a pensar que otro jardinero cultivase también aquel jardín y que merced a su abono especial pudiese germinar una tierra que en sus manos hubiese sido estéril siempre.

El médico sospechaba de la fidelidad de Rosalía, pero hubo un amigo del señor Ramón que descubrió el pastel, como se descubren generalmente esos pasteles, por una verdadera casualidad.

Y aunque siempre es comprometido hacer tales delaciones se prometió, llegado el caso, y siquiera por caridad, poner en autos de todo a su amigo Ramón.

Lector, Rosalía ha dado a luz un niño, que según cuantos le han visto, es el vivo retrato del prestamista, a quien se le parece como una gota de agua o otra gota .

IX

Consecuencias naturales

Cuando los hombres llegan a cierta edad, debieran cortarse la coleta, como suelen hacer algunos toreros, y retirarse de la vida activa del amor.

No lo creía así el prestamista y seguía queriendo hacer pinitos, que le costaban esfuerzos sobrehumanos y grave peligro de entregar la pelleja.

Se lo decían así sus amigos, y hasta el médico le aconsejó que se retirase a la vida privada, si quería conservarse para su hijo.

—¡Pero si es que no puedo! Si me tiene loco con sus encantos.

—Sirena engañadora.

—¿Acaso crees que me es infiel?

—Tú lo sabrás. Lo que sí te aseguro es que vas camino del cementerio si no te comprimes.

—Aunque reviente.

—Pues a tu gusto, mula.

Y ocurrió lo que todos temían: que en un exceso sensual quedó como muerto y hubo que llamar precipitadamente al doctor.

—Esto es cosa perdida—le dijo, con la franqueza que debía emplear con un amigo—. Arregla tus cosas, si te dejas algo pendiente en esta vida, porque pronto habrás dejado de existir.

Oyólo con tranquilidad espantosa el señor Ramón, y mandó llamar al notario.

—Tengo un hijo—empezó diciéndole,—y quiero que todo cuanto poseo pase a su madre para que lo disfrute hasta que aquél llegue a su mayor edad, en que se lo entregará, descontando los gastos que le haya ocasionado su educación.

—Eso es muy noble y muy humano—objetóle el notario—, porque él completará su obra.

Y extendió el testamento en la forma indicada por el moribundo.

Cuando Rosalía se enteró de lo disposición testamentaria se puso a bailar en su habitación y deseó que cuanto antes la entregase su tío.

Pero estaba escrito que todavía no había llegado su última hora y consiguió vencer la enfermedad y volver a las faenas ordinarias, con gran disgusto de su amigo el médico, que hubiera dado cualquier cosa porque se hubiese muerto, con tal de haber acertado en el pronóstico.

—A este hombre no le parte un rayo—exclamó cuando se enteró de que ya salía a la calle.

Rosalía se disgustó, si cabe, más que el médico, y no le sobraban motivos.

Seguramente tenía predisposición para la maternidad, porque empezaba a notar que algo raro volvía a bullirle en el vientre.

Y ya era tarde para poner remedio: acudió a un especialista, quien le declaró que no se atrevía a emplear sus recursos punibles, ante el temor de que no diesen reultado y por ende pudiesen ocasionarle la muerte: el embarazo estaba muy adelantado.

Y entonces aquel espíritu honrado y sencillo se propuso excitarle para que siquiera una vez cumpliese con los deberes matrimoniales apócrifos, para poder descargar el muerto, mejor dicho, lo que saliese, sobre su derrengada personalidad.

Pero el pobre no podía ya con tales trotes y, como los malos toreros, no remataba nunca la suerte.

Concibió después otro proyecto más terrible: extenuarlo, matarlo lentamente.

Y cuando el señor Ramón se vió verdaderamente a las puertas de la muerte, llegó el amigo leal y desinteresado y le confesó la terrible verdad.

—Ese niño que cuidas con tanto afán no es tu hijo: tú eres tío de tu sobrina, pero tu sobrina es más tía que tú.

—¿Luego tampoco es ella su madre?

—Ella sí, pero tú no eres el padre de esa criatura: ese niño es hijo de Pepito.

Le entró un colapso al señor Ramón; acudió su sobrina, lloriqueando, con el chico a cuestas y entonces el prestamista tuvo un momento de lucidez:

—Que me traigan una taza de caldo y que llamen a mi amigo el médico y al notario.

—¿Qué pretendes?—preguntó ansiosa Rosalía.

—Ya lo veréis todos. En la hora de la muerte es cuando hay que raciocinar con más cordura.

Cuando se presentaron las personas por él llamadas, dijo el señor Ramón dirigiéndose al médico:

—No me hace falta tu ciencia; antes te equivocaste y ahora acierto yo. Esto se ha acabado, amigo. Te autorizo para que extiendas ahora mismo el certificado de mi defunción.

Y luego, encarándose con el notario, se expresó en los siguientes términos:

—Redacte usted mi codicilo en la siguiente forma:

«Lego toda mi fortuna a mi hijo, con la expresa condición de que su madre no participe de lo más mínimo.»

Y después de firmar con pulso seguro, como el hom-

bre que se halla en la plenitud de sus facultades, pudo exclamar en su rápida agonía:

—Me está bien empleado. Son las consecuencias naturales de mi locura. Pero todos estamos en paz. Si yo no engendré a ese niño es mi hijo espiritual, porque para él he vivido y con mi muerte le hago feliz.

Rosalía se mordió los labios y se acordó de su Pepito.

En sus brazos fué a sofocar su dolor.

Que aproveche.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

De 0,10 ptas.

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor
IV.—El hijo artificial
V.—Los predestinados
VI.—Un marido complaciente
VII.—Una juerga movidita

TERCERA SERIE

I—El recomendado
II.—De buena boca
III.—Luna de miel
IV.—De institutriz a cortesana
V.—Inconvenientes del amor
VI.—Mi vecinita y yo
VII.—Posadas y posaderas

De 0,20 ptas.

I.—La insaciable
II.—La niña precoz
III.—Juegos peligrosos
IV.—Donde las dan las toman
V.—La iniciadora
VI.—Cosas que pasan

EN PRENSA: ASÍ MARCHA EL MUNDO

Los pedidos a **EDITORIAL H.**—BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona